

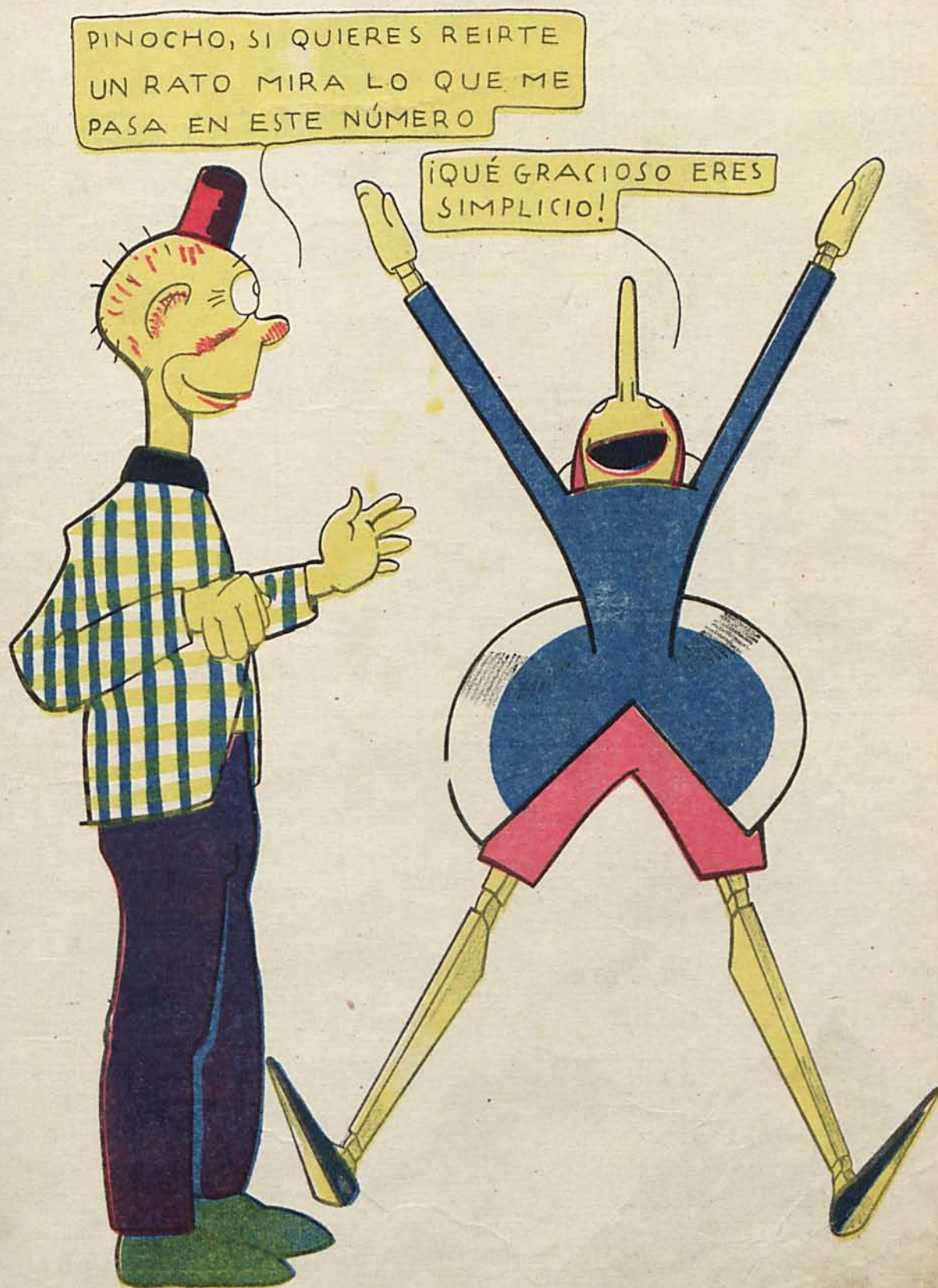
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 60

40 Cents.

11 ABRIL
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





PINOCHO Y LOS DEPORTES

Nuestros colaboradores.

Deportes atléticos.—El salto de pértiga.

Esta prueba es una de las más difíciles del atletismo, pues además de que se necesita ser constante en el entrenamiento, hay que tener una constitución física superior, ser muy ligero y tener un gran dominio sobre sí mismo.

La pértiga era conocida por los antiguos, era de madera de nogal o de abeto; en la actualidad son de bambú muy ligero y resistente. En un extremo lleva una punta de hierro para poderla clavar en tierra; se cubre con unas ligaduras de cuerda embreada para su mayor resistencia; su longitud es, generalmente, de 4,50 a 5 metros, y su diámetro de 5 a 6 centímetros.

La técnica de este salto es un poco más complicada que cualquier otra de estas pruebas; consta de cuatro partes principales que son: la carrera, el impulso, la suspensión y la caída.

La carrera o preparación.—El atleta coge la pértiga a la misma altura de la que hay del suelo al listón, o sea, si el listón está en los dos metros, el que salta debe coger la pértiga más o menos a la misma altura; la mano más fuerte, que en este caso sea la derecha, se coloca unos centímetros más arriba de la barra y la otra a la misma altura; cuando ha cogido bien la pértiga la levanta, haciendo que su otro extremo venga a quedar al nivel de la cabeza; luego toma la carrera, a un paso no muy rápido, y siempre con la pértiga levantada, cuando ha llegado a la mitad del trayecto aumenta su velocidad, a medida que va bajando la pértiga; entonces es cuando se va a producir la impulsión.

El impulso.—Cuando va a clavar la pértiga da sus dos últimos pasos más cortos para reconcentrar energías, luego las piernas hacen una flexión, las manos cogen fuertemente la pértiga, el cuerpo, debido al esfuerzo de los brazos y al impulso de las piernas, se eleva; es entonces cuando viene la suspensión.

La suspensión.—El cuerpo está en el aire, va haciendo un movimiento de rotación alrededor de la pértiga, las piernas se repliegan sobre el medio cuerpo inferior, los brazos en flexión; después, las piernas se extienden y el cuerpo queda completamente vuelto. Luego el cuerpo se dobla sobre la barra, quedando los brazos, la cabeza y el tronco al lado de la pista, las nalgas y la cintura en el centro, o sea encima del listón, y, por último, las piernas quedan al otro lado, quedando, como se puede ver, el cuerpo en forma de una V invertida.

Después, el saltador, que todavía tiene la pértiga en las manos, la da un fuerte impulso con la mano superior, o sea con la derecha, que la hace caer en dirección a la pista; esto también le sirve para darse un último impulso, para no tocar el listón, el brazo izquierdo es el primero que se suelta, elevándose violentamente hacia atrás; la cabeza se levanta, el tronco se endereza, mientras que la mano que ha dado el impulso se va a reunir a la otra.

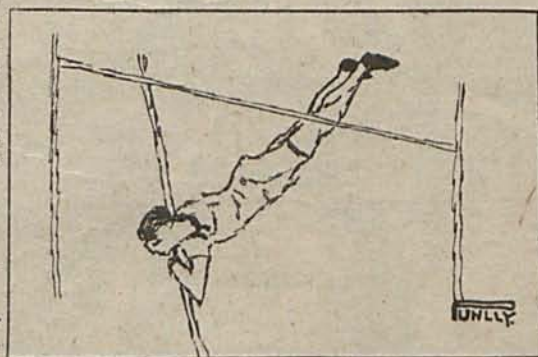
La caída.—Es preciso que antes de soltar la pértiga el saltador se vuelva de cara al listón, pues esto facilita su caída y no la hace tan desagradable, como son las caídas de espalda, que al mismo tiempo son peligrosas; hay que caer de puntillas y flexionando las piernas; de esta manera si cae uno, puede caer sentado y no sucederle nada serio.

PUNLLY.

Más triunfos en la Argentina.

«Estudiantil Pinocho», 1; «Sportivo Chapete», 0.

A las nueve y media, el «réfere» señor Carmelo Campagna hizo alistar a los cuadros, que compusieron así:



PUNLLY.



«Estudiantil Pinocho»: A. Gómez; J. Ferrario y A. Tenaglia; S. E. Gómez, Alberto Tenaglia y Viciano; Maudes, A. Ferrario, Storta, Campagna y Motta.

«Sportivo Chapete»: Sambuceti; Zugasti y A. Vaccareli; Marzo, Rati Jontán y de Palma; Ríos, Bruno, Piantinida, Casado y Ciorciari.

Los primeros minutos fueron parejos; pero más tarde los pinochistas empezaron a reaccionar mucho mejor que su rival, teniendo, por lo tanto, la defensa chapetista que soportar una ruda labor.

A los siete minutos, Motta hace un buen centro, Ferrario la recibe y «shotea» en buena forma; pero Sambuceti se luce al detenerla.

Pocos minutos más tarde, Zugasti y Vaccareli cortaron varios buenos avances pinochistas.

Cuando habían transcurrido diez y nueve minutos, Alberto Tenaglia cometió «hans» en el centro de la cancha. Zugasti se encargó de hacer efectiva la pena con un fuerte tiro alto, que cayó frente al arco. A. Ferrario, en su afán de alejar la pelota, la cabeceó; pero lo hizo con tan mala suerte que por poco provoca la caída de su misma valla, pues la pelota, saliendo al «córner», raspó el travesaño.

El «córner» lo tiró Ciorciari; pero Viciano aleja.

Poco más tarde, entre Vaccareli y Zugasti cometieron dos «hans» cerca de area penal; pero este último jugador se encargó de rechazarlos con la cabeza.

En los últimos minutos, los chapetistas lograron equilibrar la lucha, y a los treinta y dos minutos Casado, luego de esquivar a los «baks» contrarios, sólo frente al arco «shoteó» inexplicablemente afuera.

Luego terminó el primer tiempo con un empate de 0 a 0.

Desde apenas empezado el segundo período se notó el gran empeño puesto por los pinochistas en conseguir la ansiada victoria, que la consiguieron a los diez minutos en esta forma:

Maudes se epodera de la pelota, y luego de esquivar al «half» chapetista hizo un buen centro sobre el arco. Alberto Tanaglia, que venía en plena carrera, la recibió, y con un fuerte golpe de cabeza venció por completo a Sambuceti.

Este tanto fué marcado en una forma rápida y lucida.

Luego de este tanto la lucha se volvió a emparejar en algo; pero Gómez, a no ser por algunos fuertes tiros de Zugasti, hechos de larguísima distancia, no fué mayormente empleado.

Y sin que el «score» variara, terminó el partido.

Ambos cuadros jugaron con gran entusiasmo, jugando ambas defensas en forma muy segura.

El árbitro, señor Campagna, llamó la atención por su excelente desempeño.

MISTER BULL.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué hablan los loros y no hablan los demás pájaros.

—No es seguro que no puedan hablar los demás pájaros. Desde luego, ninguno tan propicio para charlar como el loro, el cual aprende muchas palabras con sólo un poco de paciencia por parte del hombre. ¡Quién sabe! Acaso las demás aves podrían hablar con más perfección que el loro, con más aplomo, con más seso.

—Es lo que dices tú porque no eres loro.

—Ni quiero serlo, querido Chonón. Además, no me negarás que hablo mejor que las cotorras, por lo cual no tengo nada que envidiarles a esos desgraciados animales.

—¿Pero de qué depende, dime, el que hablen los loros y no hablen los demás animales?

—En este caso todo depende de oír bien, perfectamente, lo que el hombre dice. Es probable, casi seguro, que el loro tenga un oído muy fino, muy a propósito para recoger los sonidos emitidos por el hombre. Si no fuera así, le ocurriría al loro lo que a los niños sordos, que por este motivo son, además, mudos.

—¿Y todo depende del oído, querido buho?

—Todo, desde luego, no. Es muy probable que estos pájaros tengan un cerebro que los capacite para charlar, ya que la cualidad de hablar, más que la boca, los labios, los dientes y la lengua, depende, sobre todo, del cerebro.

—Lo cual quiere decir, querido buho, que el loro posee un cerebro más estimable que el de ninguno otro pájaro.

—No lo creas. Hay que fijarse cómo habla el loro y la escasisima inteligencia que pone en lo que dice. Entre lo que dice el loro, correctamente, y los balbuceos de un niño que apenas sabe hablar, hay una diferencia enorme.

—¿Cuál?

—El loro, aunque hable claramente, nunca sabe lo que dice, pues repite maquinalmente lo que ha oído; por el contrario, el niño, aun cuando no se le «entienda» lo que quiere expresar, siempre habrá inteligencia en los sonidos que emite. El uno no quiere decir nada, aunque entendamos lo que diga; el otro, en cambio, quiere expresar un deseo, un sentimiento, aun cuando no consigamos comprender, por la imperfección de los sonidos, cuáles sean aquellos sentimientos o deseos.

—Entonces el loro es... un loro, es decir, un tonto.

—No tanto. Libreme Dios de ofender a los loros. Lo que ocurre es que éstos hablan como habla el gramófono, por ejemplo, sin saber lo que dice, y la inteligencia que demuestran los loros en sus conversaciones es muy distinta, menor que la que a primera vista parece.

—Vamos, que tú te consideras superior a cualquier loro.

—Naturalmente. Y créeme que no hay más talento en lo que dice una cotorra que en la manera como ciertos animales, los insectos, pongo por caso, se comunican sus necesidades.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¿Y no nos sofocará el humo?
—Si la respiración se nos hace difícil, retrocederemos —dijo el doctor—. Adelante, amigos; quizá estén agonizando los desgraciados que han provocado la explosión del grisú.

—¡Vamos a salvarlos! —exclamaron los tres pescadores, con noble desinterés.

Traspasada felizmente la abertura, penetró la canoa en una caverna, que al parecer tenía notables dimensiones, porque allí el humo circulaba libremente sin hacerse denso.

En el fondo de ella se distinguía una luz rojiza. Parecía como si arroyos de lava corriesen por entre las rocas, negras como la pez.

De vez en cuando saltaban chispas, que llevadas por alguna corriente de aire, surcaban el espacio e iban a caer en el centro del lago como minúsculas estrellas.

—¿Qué arde allí? —preguntó Vicente.

—Masas de hulla —respondió el doctor—. La mina se ha incendiado.

—¿Por efecto de la explosión?

—Seguramente.

—¿De modo que esos hombres habrán buscado un refugio en esta caverna?

—Así lo creo.

—Tenemos que desembarcar para buscar sus cadáveres.

—Veo a la izquierda una playa.

—Acerquémonos a ella, doctor.

Aunque el humo y las chispas llenaban por completo la caverna, los cuatro exploradores impulsaron la canoa hacia una playa bastante baja, formada por masas negras, que al reflejo del incendio tomaban la brillantez de la plata. Debían ser bloques de carbón fósil, o por lo menos así pensaba el doctor.

Hicieron encallar la canoa en la arena, y Vicente y el señor Bandi saltaron a tierra con dos lámparas de seguridad.

A pocos pasos de la orilla se elevaba una pared gigantesca, negra, con reflejos argentados y rayas blanquecinas, dispuestas en zonas horizontales. Eran extractos de carbón fósil depurados por aquella especie de roca que los mineros ingleses llaman *trapp*; pero que no es otra cosa sino lava más o menos endurecida.

Observando mejor aquella pared, vió el doctor que el carbón estaba mezclado además con masas metálicas, que en seguida reconoció por hierro.

—He aquí una mina que puede competir con las más ricas de Inglaterra —dijo—. ¡Carbón y hierro! ¿Qué más se puede desear?

—Es una mina compuesta —dijo Vicente—. Yo creía que las minas de carbón no podían contener ninguna otra cosa más.

—Y lo cree la mayor parte de la gente; siendo así que, por el contrario, los depósitos carboníferos son ricos en metal, especialmente en Inglaterra. Se puede decir que se saca mayor producto del hierro que del carbón. Mirad en tanto vosotros por todos los alrededores a ver si podéis encontrar a los desgraciados que han provocado esta explosión.

—Aquí hay luz suficiente para descubrir un campamento, y yo tengo buena vista; pero no veo nada, doctor.

—El carbón se ha desplomado, y pudiera ser que entre aquellos montones hubiese algún cadáver.

—Pues vamos a buscarlo, doctor.

Poco antes, la explosión del grisú había hecho agrietarse una parte de las bóvedas, acumulando en algunas partes grandes montones de carbón y de *trapp*. En el extremo de la caverna se había

formado además una gran grieta, y allí se había encendido el carbón en una extensión de unos treinta metros, formando un surco de fuego que ardía lentamente con continuo crepitar, esparciendo por el aire una nube de humo negro, denso, impregnado de un acre olor a gas, a azufre y betún.

El doctor y Vicente, explorados los amontonamientos de carbón sin haber hallado ningún cadáver, se dirigieron hacia la hendidura y se detuvieron a pocos pasos del lugar del incendio, tratando de explorar la parte opuesta sólo con la mirada, pues les era imposible atravesar aquella zona de fuego.

—¿No descubres nada, Vicente? —dijo el doctor.

—No, señor —respondió el marinero—; no veo más que masas de carbón.

—¿Habrán logrado salvarse esos hombres?

—¿O los habrá arrojado la explosión a este lago?

—Quisiera asegurarme de ello.

—Démosle la vuelta, doctor. Los ahogados suben a la superficie al cabo de cierto tiempo.

—Sondearemos el fondo.

—Dígame, doctor, ¿no se apagará este incendio?

—Es capaz de durar siglos enteros.

—¿Hasta que se termine todo el carbón de la mina?

—Sí, Vicente. En Francia y en Inglaterra hay minas que arden desde tiempo inmemorial.

—¿Hoy también? ¿Y por qué no las apagan?

—Lo han intentado; pero sin lograrlo.

—Bastaría con extraer de ellas todo el aire.

—Ya lo saben eso los franceses y los ingleses; pero no han sido capaces de sofocar esos incendios.

—¿De modo que dentro de cien o doscientos años estará aún encendida esta mina?

—Y aún más tiempo, quizá. Este es un gran depósito carbonífero, y ¡quién sabe la extensión que puede tener!

—Se podrían sacar muchos millones de este carbón.

—Y en buen número, Vicente. Es de excelente calidad, grueso, duro, muy apreciado para la fabricación del gas y del cok.

—¡Cuánta riqueza perdida!

—murmuró con melancolía el pescador.

—Perdida, no, Vicente.

—¿Quién impedirá que sea trabajada esta mina desde la superficie? Ya llegará el día en que estas minas sean descubiertas, pues me parece que estas capas deben llegar hasta la superficie del terreno.

—Sería una verdadera fortuna para nuestro país, que tanta escasez padece de carbón.

—¿Y quién te dice que no hay minas en Italia? En los tiempos antiguos la Liguria abastecía de carbón a Grecia, y en muchas de nuestras regiones se han hallado grandes filones, pero nadie se ha tomado el trabajo de explotarlos. Petróleo y carbón no faltan en nuestro país, y si los italianos quisiesen podríamos tener tanto como en Rusia, América e Inglaterra, si en vez de guardar nuestro dinero en los Bancos lo empleáramos en explotaciones mineras; eso es nuestro mal.

—Es verdad, doctor. Dígame: ¿a cuánto ascenderá actualmente la producción de nuestras minas?

—Como término medio se sacan unos trescientos millones de toneladas al año, y esta cifra va en aumento.

—¿Y no llegará un día en que se agoten esas minas?

(Continuará en el número próximo.)





EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

El Califa no pudo contener las lágrimas al oír estas palabras, llenas de sentimiento y de religiosidad, de la infeliz Omaljair. Se levantó como para salir; pero Racuña y su madre lo retuvieron, tirándole dulcemente del vestido.

—¡Por el nombre de Dios —le dijeron— no te separes de nosotras!

Harún, más impresionado todavía, cogió las manos de Omaljair con un movimiento de ternura y de respeto.

—¡Oh, mi buena madre! —le dijo—. Tú me has entregado un tesoro en la persona de tu amable hija; pero tú me has hecho todavía más bien con las sabias enseñanzas que yo puedo sacar de lo que me has dicho, para regla de mi conducta en el porvenir. Yo os prometo a las dos para siempre la más viva afección y el reconocimiento más sincero; de ello recibiréis las pruebas más evidentes; pero permitidme que salga, y dejadme a mí el cuidado de guardarme de mis enemigos: asuntos indispensables me reclaman. Adiós, mi querida Racuña; pronto me volverás a ver.

Y diciendo estas palabras, se escapó y se volvió a su palacio entrando por las puertas secretas que conducían a sus habitaciones.

Así que hubo llegado se vistió su traje de ceremonia, subió a su trono, hizo reunir a sus visires, a sus emires, a sus diferentes ministros; y mientras cada uno ocupaba su lugar, él reflexionaba, con la frente apoyada sobre la mano, y se decía en lo más íntimo de su alma:

«Califa cruel. ¡Has precipitado en el infortunio a una familia ilustre, recomendable por su rango y por sus servicios; has estado a punto de bañarte en la sangre de uno de tus vasallos más fieles; haces todavía que se consuma en la prisión una princesa respetable por sus virtudes y por sus desdichas; te has conducido como un odioso tirano, y tus cortesanos te levantan hasta las nubes!... ¡Tú eres, en su boca, el gran Harún Arraxid!...»

Mientras el Califa se hacía esta dolorosa confesión, todos los personajes más notables de la corte se habían prosternado ante él; con un aire de profundo disgusto veía este homenaje engañoso, esta corte que, en fuerza de adorarlo, parecía haberlo envilecido.

—Levantáos —les dijo—, yo os lo mando. Que vayan a sacar de su prisión al noble *hachib* Chemaleddin, que lo traigan aquí, revestido con los más ricos trajes. He examinado yo mismo el desdichado asunto por cuya causa lo había hecho traer ante mi tribunal, y tengo todas las pruebas de su inocencia; lejos de merecer castigo es digno de recompensa y pretendo indemnizarle hoy de todo cuanto ha sufrido injustamente. Y vosotros, visires, que me escucháis y que sabéis que yo soy accesible a la verdad, explicadme cómo, debiendo conocer mejor que yo al sujeto contra el cual las apariencias me habían prevenido, no ha habido uno sólo entre vosotros que se haya atrevido a tomar la defensa y a pedir el perdón de un hombre de estas cualidades y de estos méritos.

—¡Príncipe de los creyentes! —le contestaron—: el respeto nos cerró a todos la boca.

—Pues yo —replicó severamente el Califa— odio el respeto que me aparte de la verdad. Cuidad, de aquí en adelante, de no prestarme esta clase de respetos.

Los visires besaron la tierra, en señal de obediencia.

Chemaleddin llegó entonces al pie del trono, y se prosternó. Harún bajó de él para imponerle el vestido de honor más rico que había en palacio.

—¡Que Dios prolongue tu vida, soberano de todos los fieles —exclamó el joven— lo mismo que ha hecho que te fijas en mí!

—¡Te nombro príncipe —le dijo el Califa—, por encima de todos los príncipes del imperio, y jefe de todos los emires. ¡Ve a consolar a tu madre!

Chemaleddin se apresuró a obedecer una orden tan agradable para él. Tenía idea de marcharse a pie, como un simple particular; pero a la puerta le esperaba un caballo soberbiamente enjaezado, y los visires tenían orden de formar su escolta y de acompañarlo a su casa; cuatro caballeros se

habían adelantado para decir a Omaljair la llegada de su hijo, por temor a que la sorpresa le causara alguna mala impresión.

Mientras que Chemaleddin se dirigía a su casa, Cháfar y Mesrur acompañaban a su aposento a la joven princesa de Persia. Harún la había ofendido demasiado para atreverse a presentarse ante sus ojos. Ella todavía no era su esposa, más que en virtud de un contrato que se podía rasgar aún. Los dos confidentes del Califa tenían el encargo de prevenirla de que ella había recobrado su libertad, y podía quedarse en palacio, si lo prefería, como hija del soberano, y con todos los honores anejos a esta condición. La princesa sintió una satisfacción interior con la proposición que le hacían.

—Podéis ver en mí —les contestó— la hija sumisa, reconocida y respetuosa del Príncipe de los creyentes.

Harún quedó encantado de la forma en que se había recibido su proposición, y concibió al momento el proyecto de casar a su hija adoptiva con el nuevo jefe que acababa de dar a los príncipes y a los emires del imperio.

La madre y la hermana de Chemaleddin corrieron a su encuentro; no se sabía cómo arrancarlas de sus brazos. Después de estas naturales manifestaciones de cariño, entró en el aposento en que ellas se albergaban.

—¿En qué casa os encuentro? —les dijo—. La nuestra fué arrasada saqueada; yo no reconozco nada aquí; y vec con una sola mirada más riquezas que nosotros hayamos tenido jamás.

—¡Ah, hijo mío! —respondió Omaljair—. Esta riqueza es una prueba de la desgracia en que habíamos caído. Cuando te arrancaron de nuestro lado, se llevaron y rompieron todo, y nos dejaron sin vestido, sin pan, sin un cántaro siquiera para ir a recoger agua. Nosotras no éramos capaces de trabajar, y yo me vi reducida al extremo de mendigar el pan de tu hermana y mío. Ayer un hombre se presentó en nuestra casa, y propuso dar ocho mil dinares por la dote de Racuña. Es alto y bien puesto; pero no es más que un beduino, un árabe del desierto. Yo sospechaba que no valía gran cosa, pero no teníamos ni una onza de pan. El me propuso que fuera yo misma a buscar al cadí, para que viniera a redactar el contrato.

«A las primeras palabras, el juez ordenó que me llevasen al hospital de locos; luego, cambiando de repente de opinión, me hizo mil cumplimientos, y vino corriendo detrás de mí hasta aquí, sin entretenerse siquiera en ponerse las babuchas. Como no trajo papel para redactar el documento, rasgó su *farachia*, escribió en ella, nos dejó el trozo, y por ahí está. También me dejó aquí su vestido, todo rasgado, y se alejó, sin mirar atrás. El yerno que yo había tomado también se marchó.

«Un momento después la casa estaba llena de arquitectos, tapiceros, marmolistas, pintores, doradores... No podíamos revolvernos. A todos pregunté cuál era la profesión de mi yerno: no pude sacarles ni una sola palabra. En seguida llegó el cofre de la dote: telas, muebles; al final una cena como para un rey. Todo iba muy bien hasta entonces, cuando a las diez de la noche vino el jefe de la policía con treinta antorchas y un pelotón de trescientos hombres para hacer preso al ladrón. tratándonos de encubridoras. Nos dijeron injurias afrentosas; querían hacer derribar nuestras puertas.

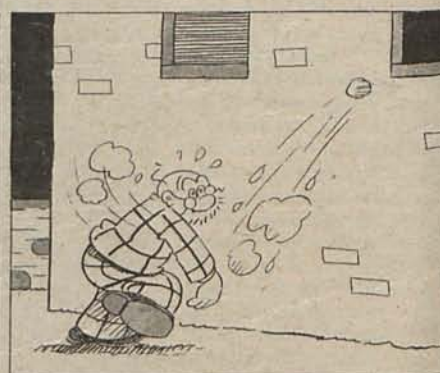
«Nuestro hombre cayó de pronto como del cielo sobre la terraza, y entró por la ventana: comía, bebía, se divertía como si a la puerta hubieran estado cantando alabanzas.

«De repente, como sin duda le fastidiaba el ruido, me dió un anillo, en el cual había grabados ciertos caracteres; yo entreabrí con cuidado la puerta y entregué este talismán al jefe de la policía. Al verlo, todos sintieron un terror espantoso, y se alejaron. Gracias a esto pudimos dormir tranquilos, como si nada hubiera sucedido.

(Continuará en el número próximo.)



VIRIATO ORTIZ, FRESCO Y BARBUDO



LOS DOS ESPECIEROS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Ali y Mustafá, mercaderes del mismo barrio, no prosperaban gran cosa en su negocio.

Ali, por demasiado honrado, según decía Mustafá compasivamente.

Mustafá, en opinión de Ali, porque era un pillo de siete suelas.

No es que el negocio de las especias no diera para vivir decorosamente; pero Mustafá no se contentaba con sólo eso, y ansiaba enriquecerse cuanto antes, sin

reparar en medios.

¡Qué poco se parecía a Ali!

Ali, enemigo de sisas y de engaños, no era de esos comerciantes de conciencia adormecida que dan gato por liebre, roban en el peso o en la medida y no tienen escrúpulos con tal de que aumente la ganancia.

El buen Ali, de costumbres sencillas, no traspasaba nunca los límites de lo lícito. como tampoco sufría el que se le perjudicase en lo más mínimo, y aborrecía a las gentes de mala fe.

Al revés de Mustafá, tuno redomado, muy aficionado a lo ajeno, especialista en embustes y trapacerías, que siempre se quedaba con algo entre las uñas.

Una vez se disponía Ali a salir de viaje para vender una importante partida de azafrán.

Lo supo Mustafá, que poseía otra igual, y como los pícaros son muy aficionados a arrimarse a los hombres de bien, le propuso ir en su compañía y asociarse en la venta de la preciada flor.

Ali no opuso inconveniente y partieron juntos.

Llegaron a una rica ciudad y se enteraron con agradable sorpresa de que ni un hilillo de azafrán había en el mercado.

—Más vale llegar a tiempo, que rondar un año —exclamó Ali—. Aquí, sin ir más lejos, venderemos nuestra mercadería.

—Pues si quieren azafrán —respondió Mustafá— lo habrán de pagar a peso de oro. Hay que aprovechar las ocasiones.

—Ya sabes, Mustafá, que no me gustan los abusos. Lo daremos a un precio razonable.

—Si tal hiciéramos seríamos unos asnos.

—Pues si no eres de mi parecer, haz de lo tuyo lo que quieras, que yo no me apartaré de lo justo.

No pudieron avenirse y se repartieron el azafrán, quedándose cada cual con el suyo, muy bien empaquetado en sendos fardos.

Mustafá discurrió una treta de las suyas. Buscó a un ladrón de confianza, muy acreditado en su oficio, y le dijo:

—Si haces lo que te mande, te gratificaré con esplendidez; pero has de trabajar a conciencia.

—¿Y qué es lo que tú mandas? —replicó el ladrón.

—En la posada tenemos dos fardos de azafrán. El uno estará cubierto con un paño. De éste tomarás todo lo que puedas. El otro no lo tocarás. Te esperaré aquí mismo. Me darás el azafrán y te recompensaré con largueza.

—Me habrás de dar la mitad del género. Esa es aquí la tarifa de los ladrones a comisión. Si no te conviene lo robaré por mi cuenta.

Mustafá hubo de aceptar el trato; mientras, discurría la manera de que Ali no sospechara de él, pues corría el riesgo de ser molido a golpes.

Mustafá preparó las cosas de este modo:

Fué a la posada y cubrió cuidadosamente con un paño el azafrán de Ali.

Pretextó después que salía a tratar de negocios y se despidió de su compañero.

Ali reparó en que su fardo de azafrán estaba esmeradamente tapado con un paño de Mustafá, y pensó:

—El buen Mustafá ha tapado mi azafrán para preservarlo del polvo. No debo consentir que, por consideración a nuestra buena amistad, descuide su hacienda por la mía.

Tomó el paño y cubrió el azafrán de Mustafá con el mismo esmero que éste hizo con el suyo.

Después de esto se fué a dormir tranquilamente.

El ladrón, que acechaba en la sombra, entró sigilosamente y desbalijó el fardo cubierto con el paño.

Salió muy bien cargado; pero en vez de buscar a Mustafá, según lo convenido, mudó de parecer y cambió de ruta, acaso para evitar las enojosas discusiones que suelen acarrear las particiones; el caso es que se quedó con el producto íntegro del robo y Mustafá se quedó a la luna de Valencia.

Estuvo Mustafá aguardando hasta que perdió la paciencia, y conocido ya el engaño, se mesó las barbas por el poco fruto de la rapiña, y hubo de volverse a la posada, temeroso de la venganza de Ali, si olía la jugarreta.

¡Cuál no fué su sorpresa al comprobar que el azafrán robado era el suyo! No tuvo consuelo.

—Yo mismo he buscado al ladrón que me robaba. Ahora sí que merezco mil palos por asno.

Mustafá nunca supo quién cambió el paño de lugar. Se guardó bien de preguntarlo al enredo.

a Ali porque no descubriera. Liquidó a la chita callando el resto del género, con lo cual, en vez de la fabulosa ganancia que se prometía, apenas sacó para pagar los gastos de la posada.

A Ali le pagaron su azafrán a mayor precio del que pretendió.

Tened por cierto que siempre el que trata de engañar al prójimo, tarde o temprano cae en su propia trampa.

Esto sucede infaliblemente, no sólo en los cuentos, sino también en la realidad, y en Turquía como en todas partes.



EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

POLITICA

Después que el ejército del Norte hubo invadido todo el territorio del Sur picando en el anzuelo por mí preparado, comenzó a verse lo perfecto de mi plan y cómo sin librar batalla alguna destruía el poder del enemigo.

Ya conté cómo les sacaban el dinero los habitantes del Sur, valiéndose de todos los medios imaginables; mas no me bastaba su ruina económica y mi plan abarcaba también la destrucción de aquel poderoso ejército.

Al efecto, hice que toda la prensa del Sur entonase himnos de gloria a todos los soldados del Norte; bastaba con que uno de éstos diese un paso más hacia el Sur, o dijese una frase más alta que las otras, o sufriese una indigestión, para que en todos los periódicos lo trataran de héroe y todos mis partidarios le dirigiesen los más fervidos elogios.

El resultado no se hacía esperar; por de pronto, el Gobierno del Norte le concedía una cruz pensiónada y después lo ascendían, con lo cual el ejército enemigo perdía un soldado.

Esto repetido todos los días centenares de veces, iba produciendo el resultado apetecido. Poco a poco los regimientos iban quedando sin soldados; todo se volvían capitanes, comandantes, coroneles y generales, pero cada vez quedaban menos soldados.

El Estado Mayor del Norte quiso poner un límite a esto, pero ya era tarde; los *nuevos generales* no olvidaban a sus compañeros y aprovechaban la menor ocasión para ascenderlos. Ni que decir tiene en qué estado se encontraban las arcas del tesoro del Norte que, en lugar de unas docenas de pagas de generales, tenía que atender a más de un millón de éstos...

Era curioso ver a los regimientos salir a la calle: a los dos lados marchaban dos largas hileras de oficiales con el sable desenvainado, delante un verdadero escuadrón de jefes y generales a caballo y en medio los cuatro o cinco soldados que quedaban en el regimiento. A veces quedaba un solo músico de toda una banda y éste salía tocando lo más marcialmente posible su partitura, no importando si se trataba sólo del de los platillos o del triángulo. El público hacía apuestas para adivinar lo que tocaba, ya que esto era difícil saberlo, pues sólo se oían las notas del instrumento de vez en cuando.

Sin embargo, nosotros no cesábamos nuestra campaña e incesantemente cubríamos de gloria a los pocos soldados que restaban, y así los veíamos ascender rápidamente y cubrirse de cruces.

Al mes de nuestra campaña estuvimos a punto de cantar victoria; un día supimos que el ejército del Norte contaba con dos millones de generales y un solo soldado, un chico siberiano llamado López.

Como es natural, mis partidarios se lanzaron a enaltecer la persona del tal López, y en unos días lo pusieron que no había por dónde cogerlo.

El soldado López tenía mucho qué hacer, ya que era el asistente de los dos millones de generales, además ranchero y además primera línea del ejército; no tuvieron más remedio que descargarle de muchas obligaciones, pues no podía dar abasto.

Cierto día se le olvidó saludar a uno de los generales y fué mandado fusilar, pero salvó la vida gracias a dos cosas: una, que no había pelotón que lo ejecutase, y otra, que, al desaparecer López, quedaba destruido el ejército del Norte ya que quedaba sin un soldado.

Cuando se convencieron de esto, comenzaron a tratar con mucho mimo a su único soldado, y era emocionante ver con qué ternura aquellos generales acompañaban y dirigían los paseos militares del tal López.

Le hacían regalos, lo cuidaban, le daban permiso para pasearse y apenas le hacían hacer maniobras.

Nosotros estábamos asombrados de que no lo ascendiesen y fuesen varios nuestros elogios diarios.

Que el soldado López tosía fuerte, nosotros dedicábamos dos planas describiendo la gallardía con que había tosido y asegurando que había sido un reto valeroso a sus enemigos ocultos.

Que el tal López montaba en bicicleta, le atribuimos en seguida el propósito de invadir Europa y anexionarla al Norte de la China.

Que López ganaba un partido de damas (los generales que jugaban con él se dejaban ganar), pues nos bastaba para afirmar resueltamente sus dotes extraordinarias de general.

Pero de nada nos servía todo esto, López no ascendía.

Temíamos que los del Norte, dándose cuenta de que al ascender López quedaban sin

un soldado, se negasen a ello; pero después de mucho investigar supimos que no era esa la causa.

A López le habían ofrecido el grado de general varias veces, mas él siempre se negaba a dejar de ser soldado.

Pero lo que nos causó más asombro fué la causa por la cual el tal López se negaba a ascender; decía que no ascendía porque tenía vértigo, que una vez que ascendió al campanario de su pueblo a poco se cae por haberse visto acometido por ese mal, y desde entonces era inútil invitarle a ascender.

Fueron en vano todas las explicaciones y todas las promesas; López, pretextando el vértigo, se negó al ascenso, y nosotros no encontramos con que el ejército del Norte contaba aún con un soldado.

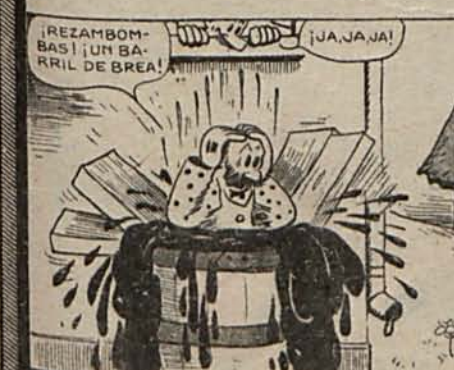
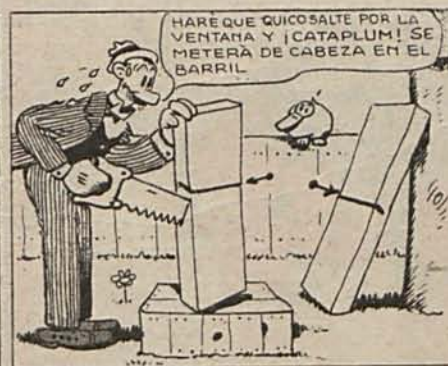
No había más remedio que recurrir a las armas.

EL BARON DE LA CASTAÑA.





DON CUCO Y DON QUICO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



¡VAYA NOHECITA!



PUES SEÑOR, ME HE METIDO AQUÍ SIN QUE NADIE ME VEA Y VOY A PASAR UNA NOCHE ESTUPENDA. ME ESTARE CALLADITO PARA QUE NO ME SIENTAN.



¡HOMBRE!
¡EL ARCO IRIS!



YO HE OIDO DECIR QUE AL OTRO LADO DEL ARCO IRIS HAY UN TESORO. VAMOS A VER SI ES VERDAD.



¡AQUÍ ESTÁ EL TESORO! ¡SOY RICO!



¡SE ACABARON LAS FATIGAS!



¡HOMBRE! ESTAS PARECEN CAPERUCITA Y BLANCA NIEVES..... NO, PUES A MI NO ME TIMAN MI TESORO.



LO MEJOR SERÁ QUE BUSQUE UN SITIO DONDE ESCONDER MI DINERO, PORQUE NO HAY QUE FIARSE DE NADIE.



¡VENGA ESE DINERO AHORA MISMO!



¡SOCORRO!
¡QUE ME ROBAN!
¡SOCORRO!

¡AH! ¿DE MODO QUE ERES TÚ EL QUE ARMAS ESE ESCÁNDALO?



¡LARGO DE AQUÍ!

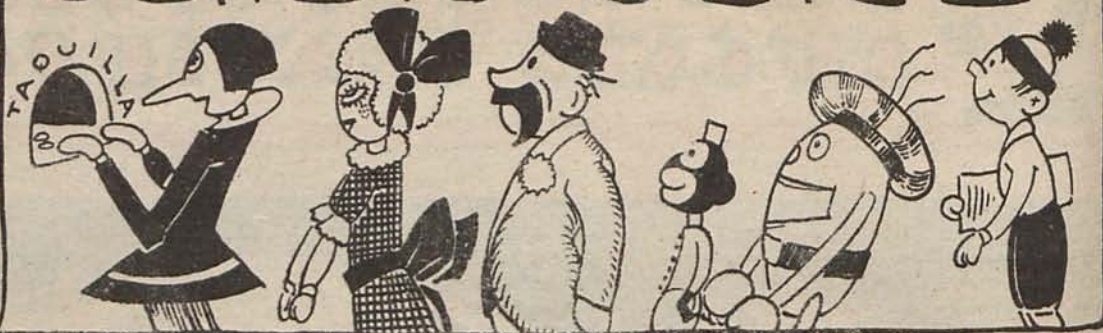
¡QUÉ HORRIBLE DESPERTAR!

PROGRAMA
PARA HOY

UN SECUESTRO EQUIVOCADO

Sensacional!

GRAN CINE



El joven Bob Smithers iba silbando alegremente por una carretera solitaria y se detuvo ante la puerta de una finca.

Nadie, al ver la cara sonriente y pecosa de Bob, coronada por un mechón de cabellos color zanahoria, hubiera dicho que era uno de los detectives más hábiles del país, y sin embargo, lo era. Ayudante del famoso Paddy O'Darrell, ya se sabía que si éste erraba una pista, Bob la encontraba.

Al ver la puerta, cesó de silbar; al otro lado de ella veíase un bosque espeso y oscuro, atravesado por un camino particular.

—Me figuro que ese camino es el que lleva al castillo de Reclon, y si es así, ha terminado mi jornada. Como Paddy no tardará en llegar, seguiremos adelante.

Y al decir esto, dió una carrera para subirse a los hierros de la verja y saltó al otro lado.

Bob venía a este apartado lugar de Malbury Downs andando cuatro kilómetros desde la próxima estación del ferrocarril, pues habían sido llamados urgentemente para que fueran a ver al dueño del castillo, un señor muy rico, llamado Roger Barkley, para un asunto muy importante, aunque no habían especificado de qué se trataba.

Hallándose el detective muy ocupado en el momento de recibir el aviso, envió delante a Bob, a enterarse de para qué lo quería Mr. Barkley y para decirle que no tardaría él en ir. Apenas había andado Bob doscientos metros por aquel camino en que los árboles formaban un túnel, dejándolo casi a oscuras, cuando de detrás del tronco de una encina salieron dos hombres; volvióse el muchacho vivamente al oír el ruido de las pisadas, y por el aspecto hostil de sus rostros comprendió las intenciones que llevaban y no le cupo duda de que eran malhechores. Uno de ellos era grueso y pequeño, y con una barba tan crecida, que parecía no haberla afeitado desde hacía varios meses; iba descubier- to, con el pelo tan rapado, como si las tijeras de algún presidio hubieran pasado por él recientemente; tenía los ojos pequeños y penetrantes y le brillaron con fiereza al fijarse en el detective.

El otro era un tipo completamente opuesto. Alto, con buena figura y bien vestido; era moreno, con bigote pequeño y negro, que le daba una expresión un poco siniestra. Lo mismo que su compañero, parecía dispuesto a cometer cualquier fechoría.

—¡Eh! ¿Qué quieren ustedes? —preguntó Bob, retrocediendo con los puños preparados.

—¡Te queremos a ti, jovencito! —replicó el más alto, que se llamaba Rufus, avanzando amenazadoramente hacia Bob.

El otro, que se llamaba Barney Cross, añadió:

—Y si nos das que hacer, tanto peor para ti.

—No tengo el gusto de conocerlos ni lo desco tampoco; por lo tanto, ya os estáis alargando —replicó Bob friamente.

Y retrocediendo, apretó a correr en dirección a la casa; pero Rufus, que estaba prevenido, le cortó el paso a Bob con la rapidez de una pantera.

El muchacho dió un salto atrás para evitar los brazos de Rufus que querían cogerlo, pero al mismo tiempo Barney saltó sobre él, por detrás, y Bob cayó de rodillas; Rufus tropezó en él, y sin poder impedirlo, hizo también caer rodando a su compañero.

—¡Que el diablo te lleve por animal! —exclamó Rufus, poniéndose en pie con sorprendente agilidad.

Bob se echó a reír, haciéndose a un lado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Lo habéis hecho muy mal! ¿No sabéis más tretas que esa?

—Ya te daré yo las tretas cuando te coja —rugió el del bigote, tratando de alcanzarle con las manos.

Pero éste lo evitó, sólo por unos centímetros, y pasando por delante de Barney, se internó en el bosque.

—¡Hay que cogerle, Barney! ¡Que no se nos escape del bosque! Vete tú por el otro lado, y a ver si lo acorralamos!

Esto era más fácil de decir que de hacer, y nunca lo hubieran logrado, a no ser porque Bob tropezó en las raíces de un árbol, que estaban ocultas por un montón de hojas secas.

Barney estaba ya casi encima de él, cuando el muchacho se levantó, burlándole alrededor de un árbol muy grueso; en su rabia, Barney quiso darle un golpe, pero lo único que consiguió fué dar con las rodillas contra el tronco.

—¡Deja que te pesque!

—¡Vas a tener que esperar mucho tiempo!

Durante algunos momentos Bob y Barney corrieron uno detrás del otro alrededor del árbol; entonces acudió Blake y el muchacho tuvo que huir, ocultándose detrás de otro árbol, por el cual subió trepando. Como a unos diez pies del suelo salía una rama y Bob trepó por ella tan rápidamente que no le hubieran visto a no ser porque unos cuantos pájaros, que estaban en la rama, huyeron alarmados, descubriendo su escondrijo.

—¡Ahora sí que le hemos cogido! —exclamó Blake, sonriendo por primera vez con expresión maligna.

—Si tuviera unas cuantas piedras le haría bajar a escape —gruñó Barney.

—¿De veras? Eres muy amable —exclamó Bob al verse descubier- to. Apostaría a que subido a un árbol te confundirían con un mono.

—¡Quédate tú aquí abajo y yo subiré a cogerle —murmuró Blake—; si me veo obligado a tirarlo del árbol cuida de cogerlo para que no se lastime; no debemos causarle daño en manera alguna.

¿Entiendes?

—Ya entiendo.

Rufus se encaramó en el árbol con la agilidad de un acróbata. Bob, sentado a horcajadas en la rama, balanceaba las piernas observando atentamente los movimientos del malhechor. Aunque no tenía arma ninguna con que defenderse, se dió maña para arrancar una rama que se mecía en el aire.

—¡Si avanzas un paso más, te pruebo esta rama en las costillas! —le dijo.

—¡Si de todos modos has de caer en mis manos!

¿Por qué no te entregas?

—silbó Blake, avanzando a lo largo de la rama. Al mismo tiempo que él avan-

zaba, Bob se iba retirando, hasta que llegó al extremo de la rama; pero ésta no pudo soportar aquel peso y se partió con un chasquido, cayendo Bob al suelo. Hubiera tenido una mala caída a no ser porque Barney estaba debajo sin sospechar que la rama se iba a romper, y el muchacho cayó encima de su cabeza. Barney se desplomó al suelo dando un grito de dolor. Bob se puso en pie de un salto y apretó a correr; pero Blake la emprendió detrás de él. Al llegar a un claro del bosque, en donde había un tendejón viejo, Bob trepó por uno de los postes que sujetaban el tejado y se encaramó encima de él. Desde allí miró a sus perseguidores con una mueca de burla.

—¿Quién es el que se atreve a subir aquí para que yo le tire?

Blake no le contestó, considerándole ya una presa fácil. Habló en voz baja a Barney y empezó a trepar al tejado. Barney hizo lo mismo por el otro lado, y por un momento Bob los perdió de vista. En tanto se pertrechó de unas cuantas tejas que estaban sueltas, y al aparecer la cabeza de Barney por encima del tejado le arrojó una de ellas que fué a dar en una esquina. Barney, alarmado, soltó las manos y cayó al suelo.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó Bob al volverse y ver por el otro lado a Blake; tiróle otra teja, que le dió en medio del pecho. Este intentó retroceder y Bob oyó un golpe seco producido por él al caer en el suelo.

Los dos malhechores rodeaban la choza para que Bob no pudiera bajar; pero el detective los bombardeaba con tejas. De repente el techo crugió, hundiéndose bajo el peso de Bob que se vino abajo entre un montón de tejas, yeso y polvo.



—¡Ahora sí que le hemos cogido! —gritó Blake, corriendo hacia la puerta.
Y así era efectivamente, porque el valiente muchacho yacía entre ellos sin conocimiento.

El castillo de Marshmoor.

Dos horas más tarde presentábase Paddy O Darrell en el castillo de Redlone y llamaba a la puerta; llevaba consigo un hermoso perro llamado *Traller*. Acudió un criado a abrir y al enterarse de quién era, le hizo pasar a un despacho, muy bien amueblado, en el cual estaba sentado un señor de mediana edad, con expresión de disgusto. El perro se quedó fuera.

Después de los saludos de rúbrica, Mr. Barkley, dijo:

—Me alegro de que haya usted venido tan pronto, y cuando oiga la historia que le voy a contar no dirá que ha perdido el tiempo en venir aquí.

—Usted dispense, Mr. Barkley —dijo Paddy mirando en torno suyo—; pero yo esperaba encontrar aquí a mi ayudante. ¿Es que le ha contado usted el caso y está haciendo alguna investigación?

—¿Su ayudante? No, no ha estado aquí; espere usted un momento que vamos a preguntar.

Llamó al timbre y a sus preguntas contestáronle los criados que nadie había estado allí aquella mañana.

—Es extraño

—pensó Paddy—,

sin duda Bob se

perdió..., porque

este no es un sitio

muy fácil de en-

contrar. Con que

dígame usted lo

que le sucede,

Mr. Barkley.

—Pues que te-

mo mucho que

secuestren a mi

único hijo, Cyril,

un muchacho que

tiene quince años

de edad. Esta se-

mana, dos veces

he recibido aviso,

por teléfono, di-

ciéndome que si

no entregaba una

determinada can-

tidad en brillan-

tes harían des-

aparecer a mi hijo.

—¿Y por que

eso de los brillan-

tes, Mr. Barkley?

—Porque todo

el mundo sabe

por aquí que yo

poseo una colec-

ción de hermosos

brillantes. Por su-

puesto que yo he

contestado a la

atrevida amenaza

diciendo que no

pensaba hacerlo,

ni mucho menos; y he enviado a llamarle a usted,

haber si puede evitarlo.

—Y lo evitaré —dijo Paddy—, sí...

El teléfono, que estaba encima de la mesa de Mr. Barkley, em-

pizó a sonar, y éste se levantó para contestar a la llamada. Una ex-

presión de intenso asombro se dibujó en su rostro, y poniendo

una mano sobre el receptor para que no le oyesen, murmuró a

Paddy:

—¡Es asombroso! El que me habla es el bribón que amenazó con

secuestrar a Cyril, que dice que lo ha capturado hace dos horas,

que lo tiene en un lugar seguro y que quiere brillantes por valor de

diez mil libras por su rescate.

Mientras hablaba Mr. Barkley, se oía en el jardín la voz de un

muchacho que alborotaba jugando. Paddy se asomó al balcón y vió,

efectivamente, a un muchacho jugando con un perro.

—Y lo absurdo de todo esto es que Cyril está ahí fuera en el

jardín —añadió Mr. Barkley.

—Dígame usted al que habla que está conforme con las condicio-

nes y que le digan adónde tiene usted que llevar las joyas —sugiró

Paddy.

—Pero... —protestó Barkley.

—¡Haga usted el favor de obedecerme! —se apresuró a decir

Paddy.

Mr. Barkley volvió a hablar, y en seguida colgó el receptor.

—Dice que las joyas ha de llevarlas una sola persona a la cripta

del castillo de Marshmoor, unas ruinas que hay a cuatro kilómetros

de aquí.

—¿A qué hora?

—Esta noche a las doce.

—Quizá encuentre allí a mi ayudante.

—¿A su ayudante?

—Sí; es indudable que han secuestrado a Bob tomándolo por su hijo; es una cosa así como él de figura y de cara, y hasta tiene el pelo también azafranado.

—¡Nunca lo hubiera pensado! ¡De buena se ha librado Cyril!..., aunque claro es que lo siento por su ayudante. Pues, sí, señor, lle-

varé las joyas.

—No crea usted que yo voy a permitir que esos pillos se lleven

sus brillantes —replicó Paddy sonriendo—. Dígame usted el sitio

exacto donde está el castillo.

—Yo mismo iré con usted para enseñarle el camino.

—No; no debe usted hacer semejante cosa, porque la condición

es que vaya una sola persona, y por el momento debemos obedecerlo.

Aquella noche, al dar las doce, entraba Paddy en las ruinas del antiguo castillo de Marshmoor. Era una noche de luna llena y las paredes medio derruidas proyectaban sombras tétricas. El detective atravesó el patio, que estaba silencioso y fúnebre y del cual partían unas escaleras cubiertas de musgo, para bajar a los subterráneos. Allá abajo la oscuridad era absoluta; pero al fin Paddy, ayudado de su linterna, encontró el camino de la cripta. Iba mirando

alrededor suyo,

pero no se veía

persona alguna,

ni señales de que

nadie estuviese

esperando. De re-

pente una voz me-

drosa dijo:

—¡Pon los dia-

mautes encima de

la piedra que está

marcada con una

cruz y después re-

tirate!

El detective, sin

demostrar la sor-

presa que acaba-

ba de llevarse, si-

guió avanzando

hasta encontrar

una losa que tenía

marcada una cruz

con cal, y encima

de ella depositó

una bolsita de

cuerdo que llevaba

en el bolsillo. En

seguida retroce-

dió, e inmediata-

mente basculó la

losa desapare-

ciendo la bolsita.

De un salto se

plantó el detecti-

ve al lado de la

losa, y antes de

que ésta tuviera

tiempo de poner-

se en su primitiva

posición, se dejó

caer por el agu-

jero.

Fué a caer delante de un sujeto que vió a la escasa luz de una vela que había un poco más allá.

Paddy se puso a luchar con él, pero cuando consiguió derribarlo al suelo salió otro de entre las sombras, le atacó por detrás y aunque el detective peleó con toda su fuerza, tuvo que darse por vencido.

De pronto, llegó corriendo un muchacho que traía una tabla en las manos con la cual derribó a uno de los contrarios de Paddy. Este pronto dió buena cuenta del otro y ambos fueron desposados juntos.

—No me explico cómo ha llegado usted hasta aquí, jefe —excla-

mó Bob, sonriendo—. A mí me han traído prisionero ese par de tu-

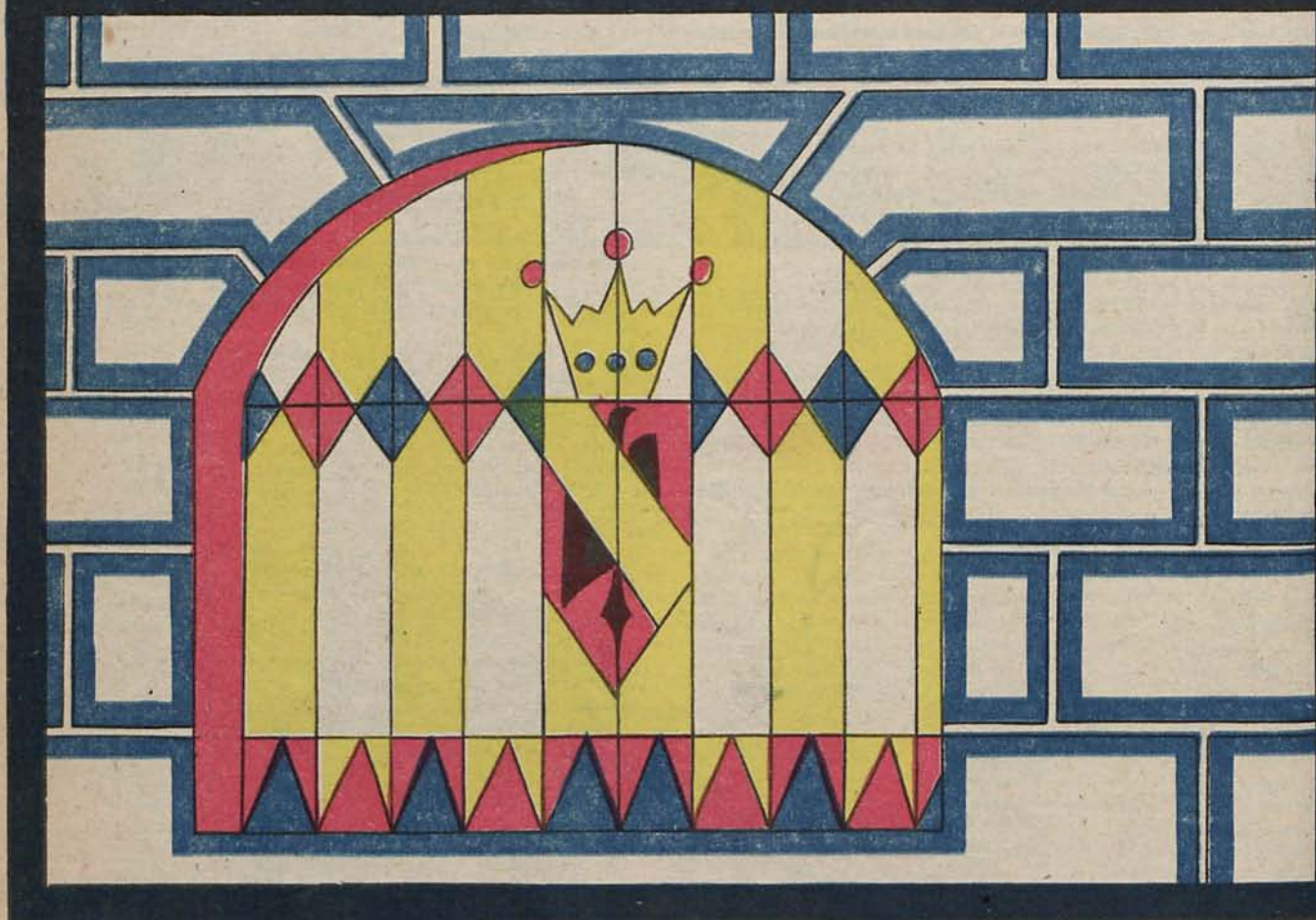
nantes, pero escapé al sentir que estaban peleándose con alguien.

Y gracias a que has llegado a tiempo, Bob.

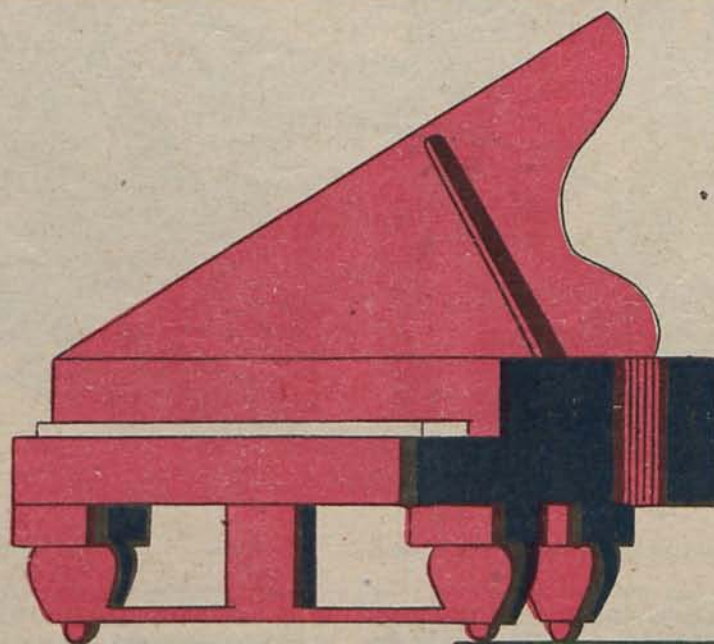
Y el detective le contó todo lo sucedido.

El disgusto de Rufus Blake y Barney Cross, al enterarse de que habían secuestrado equivocadamente a otro, fué grande; pero les quedaron cinco años para arrepentirse, pues de cinco años fué la pena que les impuso el juez.



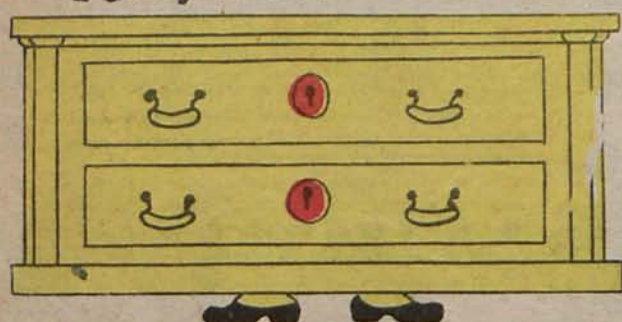


Catifurcio Reloj

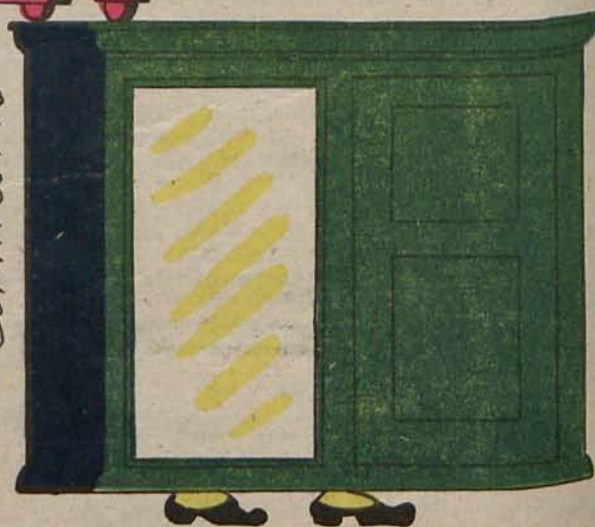


Catifurcio Piano de cola

Catifurcio Cómoda



Catifurcio Armario



EL TEATRO DE PINOCHO

MATARILE, RILE, RILE

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Continuación.)

P. CANG. ¿Cómo es eso?
R. CANG. Sí, hijo mío. Con una niña, todos los peligros de que te quieran rodear tus enemigos, serán débiles. Así está acordado en el último congreso de Magos de tierra, mar, aire y subterráneos. Contra una niña, nada pueden las más terribles venganzas que unos magos nos debemos a otros.
P. CANG. Entonces, con una niña, yo puedo convertirme en hombre, y subir... ¿no? Mis enemigos se tendrán que aguantar...
R. CANG. Sí, pero no podrás separarte de ella, por su compañía es lo que te defiende de todo. Ya lo sabes. ¿No es esto lo que querías saber?
P. CANG. ¡Y más de lo que quería saber!... ¡Angelita! ¡Angelita!
R. CANG. ¿A quién llamas?
P. CANG. Ahora verás...
ANGELIT. (Saliendo de su escondite.) ¿Me llamaba usted?
R. CANG. ¡Una niña! ¡Y preciosas!
P. CANG. Sí, te llamaba. ¿Quieres casarte conmigo, Angelita? ¡Yo te quiero, y te necesito para subir a tierra!... Soy el hijo del Mago Rey Cangrejo. Todas las riquezas del fondo del mar me pertenecen... Hasta los peces más pequeños, obedecen mis órdenes... ¿Quieres casarte conmigo?
ANGELIT. No sé... Yo no sé...
P. CANG. ¿Tú consientes, padre, en esta boda? ¿Consientes en hacer mi felicidad?
R. CANG. Consiento, hijo mío, si tu felicidad es esa. Me costará una guerra con el rey Medúso, pero no importaz.
P. CANG. Gracias, padre.
R. CANG. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí esta niña?
P. CANG. ¡El cielo me la envía!
R. CANG. ¿Cómo has podido llegar al fondo del mar sin ahogarte?
ANGELIT. Me ha mandado un señor para que le busque unas llaves...
P. CANG. ¿Catifurcio?
P. CANG. ¿Las llaves?
ANGELIT. Sí, yo no sé cómo se llama. Yo no le conozco. Me dijo que no me pasaría nada...
VOZ DE CATIFURCIO. Angelita, sube. ¿Qué haces? ¡Sube, si tienes las llaves!
ANGELIT. Ese es. Dice que suba.
P. CANG. Pero tú no subirás, ¿verdad?
ANGELIT. ¿Qué voy a hacer?
P. CANG. ¿No quieres casarte conmigo?...
ANGELIT. Yo sí... pero es que... ¡estar siempre debajo del agua!...
P. CANG. Subiremos a tierra siempre que quieras...
ANGELIT. ¿Y mis papás? ¿Qué va a ser de mis papás?
P. CANG. Iremos a verlos con frecuencia, y los protegeremos, si es que no quieren venir a vivir con nosotros...
ANGELIT. Temo que no. ¡Papá tiene reuma!...
VOZ DE CATIFURCIO. Sube, Angelita. Que ya es muy tarde. Sube.
ANGELIT. ¡Ya voy!
P. CANG. ¿Te vas, entonces?
ANGELIT. No sé qué hacer...
R. CANG. ¡Quédate, hermosa niña! Mi hijo enfermará de pena si no te quedas. ¡Quédate! Yo te haré construir el más bello palacio de nácar... Las ondinas serán tu servidumbre...
P. CANG. ¡Quédate!...
V. CATIF. ¡Sube! ¡Sube!
ANGELIT. Yo me quedaría...; pero ese señor de arriba está tirando de la cuerda...
(En efecto, la cuerda tira de Angelita y la sube hasta hacerla desaparecer.)
ANGELIT. ¡Ay, ay! ¡Que tira de la cuerda, y yo me quiero quedar!
P. CANG. ¿Quieres quedarte?
ANGELIT. (Ya desapareciendo en lo alto.) Sí, sí. Me quiero quedar...
P. CANG. ¡Capitán de peces-espadas, rompe la cuerda con tu espada! (Vuelve a caer Angelita.)
ANGELIT. ¡Aquí otra vez!
P. CANG. ¡Aquí para siempre!
V. CATIF. ¿Qué ha pasado, Angelita? ¿Se ha roto la cuerda? ¿Dónde están las llaves? ¡Ah, mago Cangrejo, esto es cosa tuya, como si lo vieras!
R. CANG. ¡Sí, señor, que es cosa mía! ¿Qué pasa?
V. CATIF. ¡Que me las pagarás todas juntas!

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena en una sala suntuosa del castillo del mago Catifurcio, cuyas llaves ya sabemos que fueron perdidas en el fondo del mar. Aparece en escena Catifurcio disfrazado de reloj de pared.

CATIFURCIO-RELOJ DE PARED. Les parecerá a ustedes muy extraño

verme así disfrazado. Soy el mago Catifurcio, como ustedes han podido observar, y he tenido que adoptar esta forma para entrar en mi castillo, del que se han apropiado unos señores a quienes no tengo el gusto de conocer. Ustedes dirán que cómo me he dejado quitar lo que es mío, y muy mío. Pues ni yo mismo lo sé a ciencia cierta, ni he podido hacer nada en contra. Estaba yo muy preocupado con la desaparición de esa niña Angelita, a la que hice descender al fondo del mar en busca de mis llaves, cuando de la noche a la mañana veo que están abiertas las ventanas de mi castillo, y que hay una señora asomada, sacudiendo las alfombras. Yo, como soy mago, pude, naturalmente, convertirme en león y devorar a esa señora. Pero resulta que tengo que dormir en los bancos de los paseos por no tener las llaves de mi casa, pues me han robado el primer tomo de las «Fórmulas mágicas de bolsillo». Por lo tanto, como tengo tan mala memoria, no he podido convertirme en ningún bicho o fiera salvaje, y me tengo que contentar con las fórmulas del tomo segundo, que es el que me queda. Por lo tanto, no me puedo convertir más que en mesa, en armario, en bastón, en paraguas, en reloj o en tricorno de la Guardia civil... Y como le iba a ustedes diciendo..., pero me parece que viene gente... Me pegaré a la pared. Quiero oír lo que diga esta gente, para saber cómo han conseguido las llaves de mi casa. Porque, claro, yo los llevé a la comisaría, diciendo que me habían robado mi castillo; pero como ellos tenían las llaves y yo no tenía ningún título de propiedad, perdí el pleito... Aquí llegan... A mi sitio.

(Entran el padre, la madre y el comisario.)

LA MADRE. Pase usted, señor comisario. Pase usted.

EL PADRE. ¿Nos trae usted alguna buena noticia?

EL COMISARIO. Ninguna, amigos míos. Su hija, Angelita, no aparece por ninguna parte.

MADRE. ¡Pobre hijita mía!

COMISA. Las últimas declaraciones obtenidas son las de sus amiguitas de colegio, que han dicho que un señor la echó al mar, diciéndola que no se ahogaba.

PADRE. ¡Qué infame!

COMISA. Tengo todas las señas personales de ese individuo. Me parece que se trata del mismo señor que les disputó a ustedes la posesión de este castillo...

MADRE. ¿Como yo lo encuentre!

COMISA. Deje usted, señora, que como lo encuentre yo, se va a divertir... Ya me tiene dadas muchas horas malas, y como me de otra hora...

C. RELOJ. ¡Tan! ¡Tan!

MADRE. ¡Las dos!

PADRE. ¡Otra hora que pasa sin recuperar a nuestra hija! ¡Maldito reloj! ¡Como des una hora más y no esté ella aquí, te hago pedazos! ¡No quiero que me recuerdes por más tiempo las horas que pasan!

C. RELOJ. (Aparte.) ¡Caray! ¡Esto se pone leal! Me tendré que buscar otro disfraz. ¡Lo que es a mí, no me hace pedazos este señor! (Se marcha para volver pronto.)

PADRE. Según eso, ¿usted cree que nuestra hija se ha ahogado?

COMISA. Siento tener que decirselo a ustedes, pero yo eso creo.

MADRE. Pues yo, señor comisario. Yo tengo la seguridad de que mi hija vive, pero que está presa de algún encantamiento.

COMISA. Quizá yo esté equivocado...

(Aparece Catifurcio disfrazado de cómoda.)

CATIFURCIO-CÓMODA. (Aparte.) Aquí estoy otra vez. Yo no pierdo una palabra de todo lo que digan estos señores.

MADRE. Le diré a usted... Desde que mi hija desapareció, nos suceden cosas muy extrañas. Sólo de ella pueden venir.

PADRE. Eso es verdad.

COMISA. ¿Qué cosas son esas?

MADRE. El mismo día recibimos un papel en que había un letrado escrito: «Comprad ostras en la pescadería de Mariano Fernández. Son las mejores». Nosotros, como usted comprenderá, no teníamos dinero para comprar ostras, que están tan caras. Ibamos a romper el anuncio, cuando el papel se fué convirtiendo en un billete de cinco duros.

COMISA. ¡Es asombroso!

C. Cóm. (Aparte.) Hola, hola. Esto me interesa.

PADRE. Como usted comprenderá, nos apresuramos a comprar las ostras, seguros de que se trataba de algo providencial. Compramos una docena, y ¡cuál no sería nuestro asombro cuando al abrirlas, nos encontramos en cada una una perla magnífica!

COMISA. ¿Perlas, dice usted?

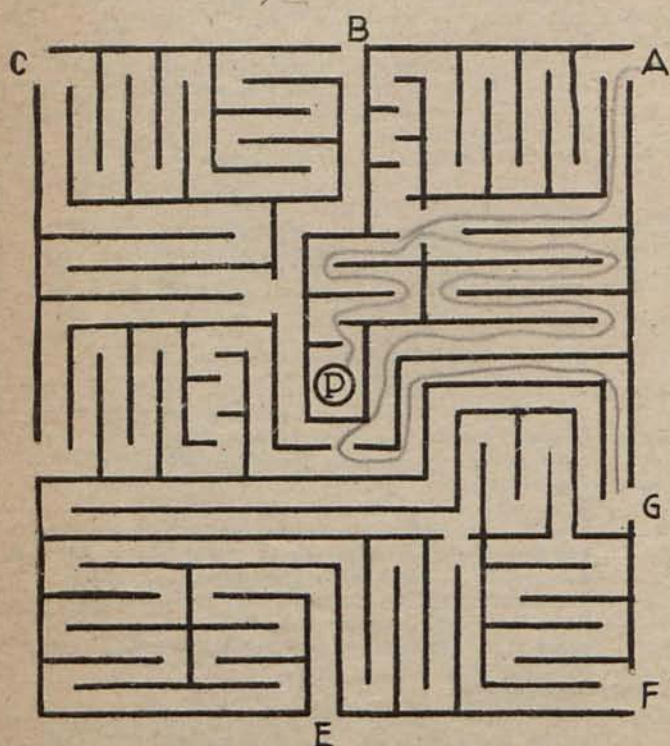
(Continuará en el número próximo.)

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DE MATANZA



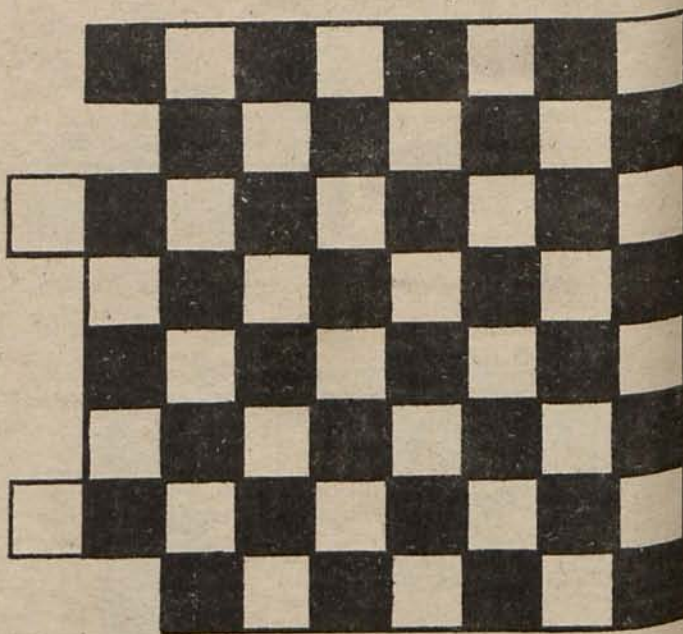
Pues, señor: Una vez en un pueblo ocurrió que, llegado el tiempo de Pascuas, una vecina llamada Ursula, se decidió a matar el cerdito que para el caso estuvo cebando todo el año. Como no se atrevía a matarlo ella, llamó a un carnicero para que lo hiciera. No bien hubo llegado el carnicero, cuando el cerdo, *oliéndose* lo que iban a hacer con él, se escondió, y el carnicero, después de dar varias vueltas buscando a la víctima, se perdió de tal manera, que la pobre doña Ursula, por más que buscó, no encontró ni al cerdo ni al matarife. ¿Sabréis vosotros decirme dónde se hallan?

LABERINTO



Este laberinto, como veis, tiene siete puertas, señaladas con las letras A, B, C, D, E, F y G y una plazoleta, o fin del recorrido, marcada con un redondel y la letra P.—La solución consiste en indicar cuál es el recorrido más corto desde cualquier puerta hasta la plazoleta, o centro del laberinto.

EL TABLERO DE AJEDREZ



En este dibujo tenéis los cuadritos blancos y negros suficientes para construir con ellos un tablero de ajedrez. A primera vista parece sencillo, ¿verdad? Pero cuando os pongáis a hacerlo no os lo parecerá tanto. Se trata de dividir el dibujo en dos trozos. ¡Sólo dos! Si lo dividís en más no vale, y con estos dos trozos construir el tablero que tendrá ocho cuadritos, cuatro blancos y cuatro negros, por cada uno de sus lados. ¿Qué forma tendrán estos trozos? Para resolverlo calcad el dibujo sobre otro papel, pues tendréis necesidad de cortarlo varias veces hasta acertar

COLABORACION PINOCHISTA

HISTORIETAS

El blanco de Pipiola.



El pielroja «Tarro de Lata», para dar un susto a Pipiola, se metió dentro de un árbol hueco.



Llegó Pipiola, vió el árbol que «Tarro de Lata» había puesto de pie, y fijándose en un nudo, hizo un excelente blanco.



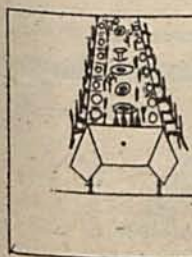
Mas como el nudo tenía un agujero la flecha se clavó en el... de «Tarro de Lata»...



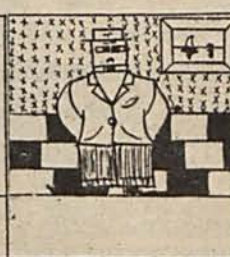
Y por efecto del dolor, el árbol se puso en movimiento. Pipiola volvió a disparar su arco, clavando otra flecha en la parte más carnosa de «Tarro de Lata».

EDMUNDO E. BLANCHET.—Trece años. República Argentina.

Don Cleto o el pavo de Luis Peto.



Pepe Luis Peto Delgado tuvo una vez convidados.



De camarero servia don Rufo Cleto aquel día.



A cada paso el amo decía si traer el pavo podía.



Tanto y tanto hablaron que los demás se enteraron.



Y se reservaron los convidados para comer el sabroso alaído.



Y era que un pavo se cebaba con lo que los demás tiraban.

ANTONIO FIGUEROA.—Catorce años. Huelva.

Don Panzudo Barrigón, cazador por afición.



Don Panzudo Barrigón da a su perro una lección.



De repente queda helado, pues ve una fiera a su lado.



Tira la cuerda; de suerte que a la fiera le da muerte.



Pero se queda aterrado al ver que es un hombre disfrazado.

CRISTÓBAL MENÉNDEZ COTRAIN.—Doce años. Gijón.

La «toilette» de un torero.



Una hora para hacerle la trenza.



Media, para calzarle las zapatillas.



Otra hora ciñéndole la faja.



Mucho tiempo perfilándole el nudo de la corbata.



Una eternidad arreglándole los alamares de la chaquetilla.



Dos eternidades para despedirse y... a veces, un minuto para desnudarle el toro.

MARÍA HALCÓN.—Doce años. Sevilla.

La ducha de doña Pepa.



Estaban jugando Juan y Pepe con un balón.



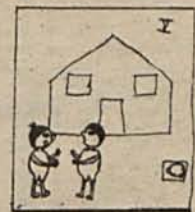
Pero al darle una patada cayó en el balcón de doña Pepa.



Quien con muy malas pulgas juró castigarles.



Y le dió a Juan una morrocotuda ducha.



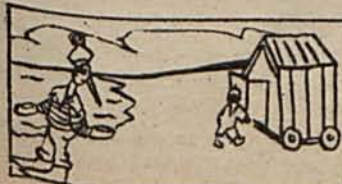
Pero ellos pensaron vengarse de doña Pepa.



Y cuando salió, una lluvia fenomenal cayó sobre ella.

ENCARNACIÓN MATRO.—Trece años. Valladolid.

Pinocho, nadador (historieta muda).



MARÍA LUISA VALCÁRCEL.—Doce años. Madrid.

Regalos mensuales a los suscritores.

Todos los meses sorteamos exclusivamente entre nuestros suscritores los cinco premios siguientes:

- Primero...** 25 pesetas en dinero efectivo.
Segundo... 15 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Tercero... 10 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Cuarto.... 5 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Quinto.... 3 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.

LOS SUSCRITORES PREMIADOS EN LOS MESES DE MARZO Y ABRIL

LOS PREMIOS DE MARZO HAN CORRESPONDIDO A

la Srta. Nieves Montoya, Vitoria, el primero.
D. Manuel Trujillano Arana, Bilbao, el segundo.
D. Celso Barrutia, Cazorla, el tercero.
D. Manuel Saavedra, Badajoz, el cuarto.
la Srta. Sarita Alonso Pimentel, Valladolid, el quinto.

LOS PREMIOS DE ABRIL HAN CORRESPONDIDO A

la Srta. María del Pilar Gallo, Santander, el primero.
la Srta. Amelia Rufino, Gandia, el segundo.
D. Carlos Marcos, Cangas de Tineo, el tercero.
la Srta. Amelia Aranda Sins, Zaragoza, el cuarto.
D. Mauro Alonso, Vigo, el quinto.

En el número 63 publicaré los nombres de los Pinochistas a quienes correspondan los premios de mayo.

Fallo del Jurado del Concurso de chistes, dibujos, cuentos e historietas del mes de febrero, correspondiente a los números 51, 52, 53 y 54 de PINOCHO.

Pinocho ha mirado y remirado con hondo y vivísimo interés los chistes, los dibujos, los cuentos y las historietas, publicados en los cuatro números del mes de febrero y, después de un examen detenidísimo, ha adjudicado los premios, consistentes éstos en un cuento de Calleja en colores y un gran diploma, a los siguientes Pinochistas:

DIBUJOS

Leonardo Villenas, 8 años.—Un castillo de la Edad Media. (Publicado en el núm. 52).
José Luis Herrero, 13 años, Santander.—Casa de labor. (Publicado en el núm. 51).

CUENTO

P. Trigo, 12 años, Valencia.—La astucia de un elefante. (Publicado en el núm. 52).

CHISTES

Alvaro García de Pineda, 8 años, Guadalajara.—(Publicado en el núm. 51).
Francisco González Blanco, 14 años.—(Publicado en el número 51).

HISTORIETA

Lolita Gómez, 13 años.—(Publicada en el núm. 54).

MENTIONES HONORÍFICAS

Pinocho, generoso como siempre, grande y magnánimo, ha decidido que los Pinochistas que obtengan mención honorífica por sus bellos trabajos sean, a la vez, favorecidos con un estupendo y ejemplar diploma, en el cual aparecerá, junto a la cabeza del héroe de los muñecos, el nombre y los apellidos de los Pinochistas mencionados. La lista de los favorecidos en el mes de febrero es la que sigue:

Dibujos.

Adolfo Sánchez, 9 años, Madrid.—Un elefante. (Publicado en el número 53).
Silvino Mampoy, 12 años, El Pardo.—Florero. (Publicado en el número 51).
Juanita Rada, 7 años, Colombia.—Mi hermanito en visita. (Publicado en el núm. 52).
Virgilio Villaverde, 13 años.—Un payaso. (Publicado en el núm. 53).
Lucrecia Moreno, 8 años, Buenos Aires.—Legendo PINOCHO. (Publicado en el núm. 53).
Fernando Cádiz, 12 años, La Coruña.—Un puente. (Publicado en el núm. 53).
Margarita Fuentes, 13 años, Sevilla.—Un Pinochista. (Publicado en el núm. 53).
Isabel Lastres, 10 años.—Un cartel. (Publicado en el núm. 53).
Rodrigo Pomar, 10 años.—Caballo. (Publicado en el núm. 51).
Joaquín Zugasti, 12 años.—Corriendo una pelota. (Publicado en el número 51).
Julián Tarraga.—Casa de campo. (Publicado en el núm. 51).

Nicolás Rueda, Méjico.—Un auto. (Publicado en el núm. 51).
Gloria Alcorta.—Pinocho y Chapete. (Publicado en el núm. 52).
Kiko Alcorta.—La casa de tío Pepito. (Publicado en el núm. 52).

Cuento.

Francisco Devesa, 12 años, Barcelona. (Publicado en el núm. 52).

Chistes.

Narciso, 12 años, Madrid. (Publicado en el núm. 51).
Antonio Vildásola, 13 años, San Sebastián. (Publicado en el número 51).
Ramón Sinobas, 10 años. (Publicado en el núm. 51).
Ramona Egido, 13 años, Madrid. (Publicado en el núm. 51).

Historietas.

Antonio Hernández, 13 años. (Publicada en el núm. 54).
Andrés Berista, Madrid. (Publicada en el núm. 54).
Maximino Fernández, Miranda de Ebro. (Publicada en el núm. 54).
Juan Cubas Alfaro, Las Palmas. (Publicada en el núm. 54).
Julián Martín, Buenos Aires. (Publicada en el núm. 54).

CORRESPONDENCIA

Gerardo, Mercedes Pellicer, etc., etc.—Un poco de atención, mis buenos amigos. Hay que fijarse bien en las condiciones del sorteo para los suscritores. No es preciso buscar ni pedir números de ninguna clase. Huelgan tales trabajos. Como los premiados tienen que ser, indefectiblemente, suscritores, se publicarán los números premiados, juntamente con el nombre del suscriptor correspondiente, por lo cual, hasta que se publique la lista de los suscritores premiados, no tienen éstos nada que hacer. ¿Cabe mayor comodidad? Creo que no.

Marieta y Jaime de Piniés.—Mis queridos amigos: Estáis en lo cierto. Es preciso acompañar a cada chiste, a cada dibujo, etc., etc., de su correspondiente cupón. Ahora bien: si el Pinochista es suscriptor, podrá remitir con un sólo cupón un trabajo, sólo uno, de cada concurso.

Glorita González.—Como sé que me estimas verdaderamente, no me inquieto mucho tu enojo. Creeme que me hubiera gustado mucho publicar tus problemas; pero éstos, la verdad, estaban a la cola de un montón de pasatiempos y no ha habido medio de insertarlos en Pinocho. Como supongo que tendrás la colección de mi revista, bastará que la mires con cierta atención, para que veas el resultado de los concursos. Sígueme mandando trabajos. Un abrazo de tu mejor amigo de madera. ¡Ah! Me olvidaba de ello: Supongo en tu poder, a estas horas, el catálogo que me pediste).

Antonio Domínguez Garriguez.—Muy bien tus dos dibujos; pero no puedo publicar más que uno, por la razón sencillísima de que han venido aquellos con un sólo cupón.

Juan Bellido Sagasta.—Bueno, inmejorable, insuperable. Lo publicaré.

Pedro Posadas.—¿Y la tinta? ¡Qué mala memoria!

Margarita L. Coterilla.—He recibido el

retrato de tu amiguita Luisa y, como se merece, lo publicaré. Está muy bien, con un parecido asombroso, está hablando.

Buenaventura Sancha Solalinde.—No puedo publicar tus problemas como tales problemas. Sin embargo, como tienen unos dibujos muy bonitos, muy aceptables, publicaré estos como tales dibujos. ¿Estás conforme?

Recuerdos de Anita, Pirula, Cañamón, Potipán, Currinche, Don Turulato, Morronguis, etc., etc.

Antonio Robles García.—Encantado con tu historieta. Ahora que no podrá publicarse tan pronto como tu deseas, pues son muchos, muchísimos, los trabajos que esperan en esta redacción la hora de salir.

Juan Salcedo Bueno.—¡Tinta negra!


Elena Ramos.—He dado a Pirula el encargo que me haces en tu última y, como era de esperar, Pirula, generosa como siempre, se compromete a dibujarte y describirte en su sección unos admirables pañitos de mesa. Ya verás.

Mariquita Otero Durán.—Con mucho gusto publicaré tu cuento. Es éste muy emocionante, interesantísimo, magistral. A su tiempo, cuando le llegue su turno, aparecerá en Pinocho.

Recuerdos de Anita y Pirula y de todos los demás.

José Doncel Guerrero.—Si tus dibujos llegaron en buenas condiciones, ya estarán para salir, dado el tiempo transcurrido. De todas formas, no haces mal en remitirme nuevos trabajos, pues ahora verás cómo aparecerán en Pinocho, conforme les llegue su turno. Ahora que tendrás que esperar un poquito, pues son muchos los trabajos que tengo esperando.

Mi enhorabuena por tus buenos dibujos. Son extraordinarios.

	CUPÓN DE COLABORACIÓN
	El Pinochista D.
	calle de
	núm. Pueblo
	Prov.
	envía un (1)
	para que se publique cuando sea posible.
	(1) Indíquese lo que sea: dibujo, historieta, chiste, cuento.



AVENTURAS DE SIMPLICIO BOBADILLA



SECCIÓN PIRULA



CHARLAS
DE PIRULA

Piñata de huevos. — ¿Sabéis lo que es una piñata? Bueno; la piñata en sí es una olla o puchero de barro. Pero existe una diversión que se celebra el primer do-

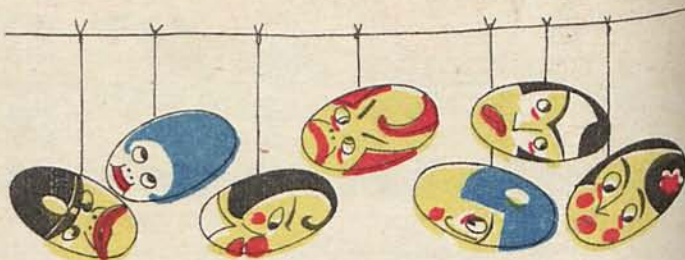
mingo de Cuaresma y que lleva el mismo nombre, porque en ella esta olla de barro representa el papel principal; se la llena de confites, se cuelga del techo, y los jugadores, con los ojos vendados y provistos de un palo, tienen que acertar a romperla, a fin de recoger luego su contenido que se esparce por los suelos. Pues bien: el juego que la semana pasada os prometí que os explicaría hoy, es muy parecido al de la piñata, solamente que se sustituye ésta por huevos, por lo cual le llamo yo «piñata de huevos».

Para organizarlo tenéis que estar en buenos términos con la cocinera, puesto que su concurso os ha de ser imprescindible; ella será, en efecto, la encargada de reservar todas las cáscaras de los huevos que haya utilizado

para sus frituras y sus mayonesas. Estas cáscaras las llenaréis con bomboncitos o con confetti, a voluntad; luego uniréis cuidadosamente las mitades, pegando alrededor una cinta estrecha que dejaréis bastante larga para que, por su extremo, puedan colgarse los huevos. Colgados todos estos huevos de manera que queden bastante más alto que la cabeza de los niños, éstos se colocarán en fila, con los ojos vendados y provistos de un palo, y todos a la vez se esforzarán en cascar la mayor cantidad posible de huevos; cuantos más haya de éstos, mejor.

El que logre hacer mayor número de bajas en las filas enemigas —o sea, cascar mayor cantidad de huevos—, es declarado vencedor, y su habilidad se recompensa espléndidamente. Por ejemplo: con doble ración de merienda, o con el don inestimable de otro huevo, decorado por vosotras, según uno de los modelos que os presenté la semana pasada; o, en fin, con lo que se os antoje.

Como veis, el juego, aun resultando muy divertido y provocando siempre grandes risas y algazara, es de un ingenio fácil y sencillo, algo así como... el huevo de Colón!



PIRULA; BORDADORA

Pañito a punto de cruz. —Una de las cosas que les encanta a las amas de casa es disponer siempre de un gran número de pañitos de diversas formas, cuadrados, redondos, ovales y rectangulares.

Estos pañitos son imprescindibles por el aspecto de pulcritud y de impecabilidad que presentan, con tal de que estén siempre limpios y planchados. Son para la casa, lo que es un cuilecito blanco sobre vuestro delantal negro de colegialas.

Es, pues, preciso que contentéis esta graciosa afición de vuestra mamá, bordando muchos pañitos para las bandejas de metal,

el cesto del panolito, platitos de cristal sobre los cuales se colocarán las jarras del agua y del vino.

Para los días de cumplido, estos pañitos serán blancos siempre, adornados con encaje de bolillos, malla bordada o delicados bordados de *fils tirés*; pero para diario pueden bordarse sencillamente con algodones de color —todos de calidad garantizada a fin de que no destiñan al lavarlos—, en algún punto de esos sencillos cuya ejecución domináis: cadeneta, cordoncillo, festón, punto de cruz, pasada o lanzada.

El pañito redondo que hoy os presento, está orlado por un bonito festón de fantasía, y tiene el centro bordado a punto de cruz en negro, rojo, amarillo, azul y verde.

Como va bordado sobre lienzo de hilo, será preciso hilvar encima, antes de bordar, un trozo de cañamazo, sobre el cual se ejecuta el bordado a punto de cruz; terminada la labor, se sacan fácilmente los hilos del cañamazo.

Es preciso emplear este sistema siempre que se haga el punto de cruz en una tela que no sea adecuada para este género de labores.

